

MUJERES EN TIEMPOS DE AGOSTO

Realidad social e imposición legal

Rosalía Rodríguez López
M. José Bravo Bosch
Editoras

IURARVB



th

TIRANT HUMANIDADES

Valencia, 2016

Copyright © 2016

Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética, o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito de los autores y del editor.

En caso de erratas y actualizaciones, la Editorial Tirant Humanidades publicará la pertinente corrección en la página web www.tirant.com.

Director de la colección
JOAN ROMERO GONZÁLEZ
Catedrático de Geografía Humana
Universitat de València

© ROSALÍA RODRÍGUEZ LÓPEZ
M. JOSÉ BRAVO BOSCH

© TIRANT HUMANIDADES
EDITA: TIRANT HUMANIDADES
C/ Artes Gráficas, 14 - 46010 - Valencia
TELF.: 96/361 00 48 - 50
FAX: 96/369 41 51
Email: tlb@tirant.com
www.tirant.com
Librería virtual: www.tirant.es
DEPÓSITO LEGAL: V-574-2016
ISBN: 978-84-16556-55-7
IMPRIME: Guada Impresores, S.L.
MAQUETA: Tink Factoría de Color

Si tiene alguna queja o sugerencia, envíenos un mail a: atencioncliente@tirant.com. En caso de no ser atendida su sugerencia, por favor, lea en www.tirant.net/index.php/empresa/politicas-de-empresa nuestro Procedimiento de quejas.

Índice

PRÓLOGO

VERBA AMICORUM

Un Homenaje a la Dra. MariLuz Blanco Rodríguez (1959-2010)
en el V Aniversario de su fallecimiento

AB VNIVERSITATE VALLISOLETI.....	15
<i>Félix Martínez Llorente</i>	
<i>Javier Hernanz Pilar</i>	
AB VNIVERSITATE ALMERIENSIS.....	23
<i>Rosalía Rodríguez López</i>	

I. DERECHO Y MUJER DURANTE EL SAECULUM AUGUSTUM

LA POSIZIONE GIURIDICA DELLA DONNA IN EPOCA AUGUSTEA. Aspetti innovatori.....	27
<i>Giovanna Coppola Bisazza</i>	
APUNTE SOBRE LA LEGISLACIÓN MATRIMONIAL DE AUGUSTO CON BASE EN LA <i>LEX MUNICIPII TROESMENSIIUM</i>	53
<i>Rosa Mentxaka</i>	

II. MUJERES EN LOS ALBORES DEL SIGLO I a.C.

CHELIDONE E TERTIA. Donne, cortigiane e diritto effettivo nelle Verrine.....	61
<i>Leo Peppe</i>	
TURIA. Un ejemplo de <i>mulier fortis</i> romana	99
<i>Rosa Mentxaka</i>	
SERVILIA CEPIONIS. Una estratega en la política de finales de la República.....	121
<i>Victoria Rodríguez Ortiz</i>	
TERENCIA. Un perfil de matrona romana (Cic. <i>Ad Fam.</i> XIV)	145
<i>José Miguel Piquer Marí</i>	
CLODIA PULCRA TERCIA. ¿Ideal poético de Catulo y matrona impúdica?	171
<i>Inés Iglesias Canle</i>	
ATIA BALBA CAESONIA. Fiel transmisora y modelo de los valores republicanos	185
<i>Gema Polo Toribio</i>	

III. MUJERES EN TIEMPOS DE TRIUNVIRATOS

FULVIA. Nemica di Ottaviano e prima principessa romana	209
<i>Carla Masi Doria-Cosimo Cascione</i>	
PORCIA CATONIS. Imagen de la virtud estoica	237
<i>María del Carmen Pérez López</i>	
CLEOPATRA. La reina de las tres cobras	251
<i>José Soto Chica</i>	
ESCRIBONIA. ¿Perfecta matrona romana?	287
<i>María José Bravo Bosch</i>	
OCTAVIA. La noble matrona de la <i>domus</i> de Augusto	307
<i>Rosa María Cid López</i>	
LIVIA. Modelo de princesa imperial en el marco del poder de la dinastía Julio-Clau- dia	331
<i>María Salazar Revuelta</i>	

IV. MUJERES EN LA CULTURA DE FINALES DE LA REPÚBLICA

HORTENSIA. Su discurso contra la imposición fiscal femenina	367
<i>M^a Eugenia Ortuño Pérez</i>	
SULPICIA. El amor según una <i>docta puella</i>	401
<i>Alicia Valmaña Ochaíta</i>	

V. MUJERES EN LA PAX AUGÚSTEA

JULIA MAIOR. La <i>auctoritas</i> de la <i>gens</i> Julia	431
<i>Rosalía Rodríguez López</i>	
HELVIA. No pidió consuelo	461
<i>Juan Ramón Robles Reyes</i>	
ANTONIA MINOR. Más allá del <i>exemplum matronae</i>	471
<i>María Isabel Núñez Paz</i>	
AGRIPINA MAIOR. El destino de un Imperio	495
<i>M^a. Dolores Parra</i>	
CLEOPATRA SELENE y los cultos a Isis y Serapis en Carthago Nova	515
<i>Elena Ruiz Valderas</i>	

VI. MUJER Y CIUDADANÍA AUGÚSTEA: RELIGIÓN, HONOR Y MUERTE

AUGUSTUS COGNATUS VESTAE	533
<i>Isabella Piro</i>	

Índice	9
DONNE “ <i>HONORATAE</i> ”	555
<i>Maria Virginia Sanna</i>	
HONESTA MORS. Suicidas y muertes inducidas de mujeres en la antigua Roma.....	585
<i>Pedro David Conesa Navarro</i>	
<i>Rafael González Fernández</i>	
VII. ATUENDO Y ORNATO FEMENINO EN EL SAECULUM AUREUM	
INDUMENTARIA DE LA MATRONA ROMANA EN EL SAECULUM AVREUM Y EL SIGLO I. Una visión desde la estatuaria femenina segobrigense	613
<i>José Miguel Noguera Celdrán</i>	
ORNAMENTA MULIEBRIA EN ÉPOCA DE AUGUSTO. Una visión arqueológica del aderezo personal femenino desde la <i>Carthago Nova</i> altoimperial.....	635
<i>Jaime Vizcaíno Sánchez</i>	

CLEOPATRA

La reina de las tres cobras

José Soto Chica
C.E.B.N.Ch de Granada

RESUMEN

Más allá de César, Antonio y Augusto y pese a la propaganda esgrimida por este último y fosilizada en la tradición clásica, asoma la figura de la verdadera Cleopatra. Pero para llegar a ella no basta con el análisis crítico de los testimonios grecorromanos y de las inscripciones, esculturas o monedas egipcias, sino que deben de valorarse también las noticias que de la gran reina conservó su pueblo y que afloraron en las obras del Egipto medieval escritas por coptos, melkitas y musulmanes.

PALABRAS CLAVE

Cleopatra, Egipto, Roma, Ptolomeos, Juan de Nikiu

ABSTRACT

Beyond of Caesar, Antonio and August; in spite of the propaganda employed by this last one and fossilized in the classical tradition, appears the real Cleopatra. But to come to her, isn't enough the critical analysis of the Greek-Roman sources, the Egyptians inscriptions, sculptures or coins, but it must value the news about the great queen that their people preserved and appeared in the Egyptian medieval works written by Copts, Melkites and Muslims.

KEYWORDS

Cleopatra, Egypt, Rome, Ptolemaic dynasty, John of Nikiu

I. INTRODUCCIÓN

El mundo surgido de los ecos atronadores de las conquistas de Alejandro Magno, se cerró con el trágico silencio que siguió a la muerte de una mujer: Cleopatra. El mundo helenístico dejó entonces de ser por sí mismo y comenzó a ser, a existir, para dar forma al mundo romano. El mundo de la unidad mediterránea, de la Pax romana y de la concepción universal y hegemónica de los principios políticos, ideológicos y culturales puestos en marcha por el genial sobrino de Julio César: Octavio Augusto. Cleopatra y Augusto son pues no sólo dos contemporáneos, sino dos hitos que marcan el fin y el inicio de dos épocas, de dos mediterráneos, de dos mundos que,

aún estando íntimamente ligados entre sí, eran también marcadamente diferentes.

Pero Cleopatra, Cleopatra VII, no fue en modo alguno una figura crepuscular ni una personalidad nostálgica y decadente. Bien al contrario, Cleopatra supo soñar su propio Oriente, su propio Mediterráneo y supo también dotarlo de vida y fuerza y hasta un punto que por unos breves años, pareció que su Oriente, su Mediterráneo, su recreación del helenismo, sería la que se impondría y que Roma, la Roma de los hombres, la Roma de Julio César, Marco Antonio y Octavio, no sería sino otro jugador del “gran juego” helenístico. Un juego en el que el Egipto ptolemaico, el Egipto de Cleopatra, no sería un simple subordinado, sino un jugador, un poder, independiente y a tener en cuenta y ello pese a que su fuerza e independencia dependiera en buena medida de Roma. Una Roma regida por hombres que necesitaban a Cleopatra y a Egipto, tanto como ella los necesitaba a ellos y a Roma. Simbiosis en la que el organismo más antiguo y sofisticado, Egipto, podría haber sido a la larga el más beneficiado. Pero no fue así.

Augusto fue de todos los romanos el más consciente del potencial poder y peligro que el reforzado Egipto de Cleopatra suponía para el ideal imperial de Roma tal y como este había venido siendo perfilado desde los días de los Escipiones y hasta los de César. De ahí el interés de Augusto en que Egipto, aún sometido por completo a Roma e integrado en su imperio, quedara especialmente tutelado por él y a partir de él, a la persona de los Príncipes que le sucedieron. Pero eso fue el final de la historia. El principio fue muy diferente y para ser realmente conscientes de cómo se empezó este episodio de la historia antigua y porqué se terminó de esa forma y no de la forma en que Cleopatra esperaba, debemos de tener siempre presentes al Oriente helenístico y al Occidente romano. Entre esos dos polos que se atraían entre sí a la par que se repelían, jugó Cleopatra su papel. Un papel que reverberó como un eco atronador, hasta mucho más allá de los siglos romanos. Dejando en la conciencia colectiva egipcia una marca que superó la barrera de la propaganda augustea, para dibujar una Cleopatra sabia, diligente y fuerte en las obras de los cronistas, historiadores y enciclopedistas coptos, melkitas y musulmanes del país del Nilo.

II. CLEOPATRA VII Y EL EGIPTO PTOLEMAICO. ORIGEN, BASES Y PRIMEROS PASOS DE UNA REINA

Cleopatra VII nació en Alejandría de Egipto en enero del año 69 a.C. Su padre, Ptolomeo XII, se hacía llamar con el ostentoso nombre de “Nuevo Dionisos”, pero fue más conocido con el de “Auletes” por su afición a tocar el aulo o flauta doble. Por esa época, el Egipto ptolemaico se hallaba en plena crisis social, política y económica. Los gloriosos días del imperio lágida fundado por el primer Ptolomeo, el astuto compañero de Alejandro, habían quedado muy atrás. En efecto, si los tres primeros Ptolomeos (Ptolomeo I soter 304-284 d.C., Ptolomeo II filadelfo 285-246 d.C., y Ptolomeo III evergetes 246-221 d.C.) supieron asentar y acrecentar sus dominios tomando como base Egipto, a partir del reinado de Ptolomeo IV Filópator el país del Nilo comenzó a sumergirse en una honda poza de decadencia militar, económica y social.

Triunfador en las guerras que vieron el reparto del imperio de Alejandro Magno, el Egipto Ptolemaico alcanzó su cénit hacia el 246 a.C. Luego, lentamente, al principio de forma casi imperceptible, fue perdiendo el control sobre el Mediterráneo oriental y el Mar Negro. Así, en 245 a.C., Egipto perdió el control efectivo sobre la mayor parte de las islas Cícladas. En 202 a.C. le fueron arrebatados los puertos del Helesponto. En 200 a.C. se perdió el dominio sobre Fenicia, y en 197 a.C. Egipto perdió Samos y los enclaves que aún poseía en la costa Minorasiática. Para ese entonces había dejado de ser la primera potencia del Mediterráneo y tan sólo su alianza con la emergente Roma triunfadora de Cartago y enemistada con los rivales helenísticos de Egipto, Macedonia y el Imperio Seleúcida, pudo otorgarle aún un papel relevante en la política internacional de las siguientes décadas. Pero la derrota y eliminación como grandes potencias de Macedonia (Guerras macedónicas de 198-197 a.C. y 171-168 a.C.) y del Imperio seleúcida (Guerra contra Antioco III Megas 191-188 a.C., paz de Apamea y evacuación de Egipto por Antioco IV a instancias de Roma en 168 a.C.) y la subordinación absoluta a la hegemonía Romana de Pérgamo y Rodas, hicieron cada vez más superflua la necesidad de Roma de contar con un Egipto fuerte que apoyara su política helenística; y permitieron a la ambiciosa ciudad del Tíber transformar al Egipto lágida en un mero satélite, que hacia 125 a.C., y tras la anexión de Pérgamo por Roma, estaba maduro para ser transforma-

do en provincia romana¹. Si tal cosa no ocurrió fue debido a la corrupción reinante entre los dirigentes romanos y a la crítica situación en que Roma se sumergió durante el periodo que se abrió con los Gracos, y que continuó hasta el definitivo triunfo de Augusto con su singular cambio de régimen.

Fue en ese Egipto, un Egipto sometido a la constante amenaza de una anexión romana, y por completo sumido en una profunda decadencia, en donde nació Cleopatra VII. Un Egipto en el que Alejandría, la mayor ciudad del Mediterráneo tras Roma, seguía destacando como el más espléndido foco cultural. Pero en el que su papel de centro comercial y financiero del Mediterráneo hacía ya mucho tiempo que era ostentado por Rodas. Y es que la pérdida del imperio provocó que los Ptolomeos reforzaran su autoridad apoyándose cada vez más en la clase sacerdotal egipcia y en los templos, que funcionaban cada vez más como auténticos estados dentro del estado. Los templos egipcios a su vez lograron arrancar del faraón nuevas regalías hasta lograr la inmunidad fiscal de sus bienes a cambio de su apoyo incondicional. La pérdida de ingresos obligó al Estado a incrementar los impuestos sobre campesinos, artesanos y comerciantes, y a aumentar los monopolios que pronto agobiaron y paralizaron la economía egipcia. La balanza comercial, que durante el primer siglo del gobierno lágida fue favorable, se hizo deficitaria y la política aduanera empobreció aún más el país, y obligó, a partir de 234 a.C. a devaluar la moneda de plata. Proceso que no hizo sino agravarse a lo largo de todo el siglo II y la primera parte del I a.C.

La continuación de la política económica arriba expuesta llevó al caos, y hacia 210 a.C., a la separación de Alejandría del resto de Egipto por mor de las aduanas, la legislación y aún la cultura. Egipto quedó como un país de explotación claramente separado de su capital. Un país regido por una dinastía cada vez más alejada de los intereses generales del país y cada vez más dependiente del inestable y descontento pueblo de Alejandría. Pero ante todo, la dinastía lágida quedó cada vez más endeudada y dependiente de los intereses romanos. Los orgullosos Ptolomeos habían pasado del absolutismo al despotismo, y de este a la anarquía dinástica que sumergió a Egipto en una vertiginosa vorágine de luchas familiares, conjuras palaciegas, revueltas populares e intervenciones extranjeras. A la par que se hundían el poderío militar, la economía y la soberanía nacional, la sociedad

¹ PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto*, III, Barcelona 2002, pp. 1166-1167.

egipcia se fosilizaba. Los campesinos, incapaces de pagar los impuestos, se acogían a los templos como colonos buscando disfrutar de la exención fiscal de que estos gozaban y empobreciendo así las arcas estatales. Por su parte, los reyes prohibieron dichas prácticas y sujetaron al campesinado al suelo que cultivaba. En 118 a.C., y como culminación del proceso de transformación del campesinado libre en mano de obra dependiente y sin derechos, fue restaurada la esclavitud por deudas.

Durante el proceso arriba expuesto, el funcionariado incrementó su poder y muchos campesinos, tratando de escapar de su asfixiante nueva condición, se transformaron en proletariado urbano y en bandoleros dejando numerosas tierras sin cultivar y disminuyendo la natalidad, ocasionando nuevas bajadas de ingresos, incrementando la anarquía social, y transformando al pueblo egipcio, fuera de Alejandría, en colonos privados de derechos y libertades. Como consecuencia directa de dicha política, el país quedó en buena medida sin cultivar y para solventar dicha contingencia, el faraón obligó a los campesinos a hacerse cargo de las tierras incultas de forma solidaria y pagar los impuestos fijados para las parcelas agrícolas, tanto si atendían a su cultivo como si no era así. Se impuso así la solidaridad colectiva y desapareció por completo la libertad individual y el derecho privado.

Para el año 80 a.C. cuando el padre de Cleopatra VII, Ptolomeo XII Auletes ocupó el trono, la depreciación de la moneda en más de un noventa por ciento, había perjudicado a tal punto al comercio y a los salarios de los artesanos, que el proletariado urbano se hallaba en la más sórdida miseria, y ello a la par que el campesinado llegaba al punto de la mera subsistencia. Las ciudades egipcias, fuera de Alejandría, se vieron empobrecidas y para la época en que Diodoro Sículo, (hacia el 57 a.C.) visitó Egipto, se hallaban sumidas en la más profunda decadencia. Ante semejante situación, los últimos Ptolomeos optaron por centralizar todo el comercio exterior en sus manos, y el dirigismo económico, que con tanta rapidez había arruinado el campo egipcio, arruinó también las ciudades. Tan sólo Alejandría permaneció activa y, hasta cierto punto, floreciente. Una importantísima comunidad judía, que desempeñaría un importante papel en los días del reinado de Cleopatra, contribuía sobremanera a mantener la actividad económica de la gran urbe que a mediados del siglo I a.C. debía de contar con unos 500.000 habitantes. Esto es y si damos crédito a las cifras proporcionadas por Diodoro Sículo hacia 57 a.C., un sexto de la población total del país

que ascendía a 3.000.000 de habitantes². Diodoro Sículo afirmaba que en la Antigüedad, según viejas inscripciones existentes en su tiempo, había en Egipto 18.000 ciudades y pueblos importantes; y que en tiempos de Ptolomeo, hijo de Lago, llegaban a 30.000, pasando de los siete millones de habitantes en tiempos antiguos y de tres en su tiempo³. Mientras Egipto se hundía en la más profunda decadencia, Roma se precipitaba a la guerra civil encabezada por Mario y Sila. Fue este último el que aseguró el trono egipcio para el padre de Cleopatra, Ptolomeo XII “Neo Dionisos” el año 80 a.C. Roma, vencedora de Mitrídates del Ponto, y señora incontestable ya del Oriente helenístico, disponía ya pues a su antojo del trono de los antaño poderosos lágidas.

Ptolomeo XII “Teo Filópator Filadelfo”, el dios que ama a su padre y que ama a su hermano/hermana”, quien a partir del año 64 a.C. añadiría a su ya ostentosa designación un nuevo nombre: “Neo Dionisos”, esto es, “Nuevo Dionisos”; pero que sería recordado en la historia por el menos honroso apelativo de “Auletes”, “El tocador del Aulo”, que no era sino una flauta doble muy a propósito para alegrar el bullicio de las francachelas y de los ritos dionisiacos a los que el rey era tan aficionado. No fue un gran rey. Aficionado a la música y a la vida disipada, no fue un buen administrador. Sin embargo, sí supo enseñar a su hija favorita, la futura Cleopatra VII, tres cosas fundamentales: que el soberano que se sentara en el trono de Egipto debía de contar con el apoyo romano a toda costa, y que no importaba el coste personal o económico que ello pudiera ocasionar, y que, puesto que Roma estaba dividida de continuo en facciones enfrentadas entre sí, que había que tener mucho cuidado a la hora de elegir la facción que sustentara los “intereses” egipcios. Dicho de otro modo: un rey de Egipto debía de ganar y sostener su trono en Roma. Cleopatra nunca olvidaría estas tres lecciones⁴.

² PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1167-1174; FORSTER, E.M., *Alejandro. Historia y guía y faros y farallón*, Granada 2008, pp. 34-41; TYLDESLEY, J., *Cleopatra. La última reina de Egipto*, Barcelona 2008, pp. 14-15; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra*, Madrid 2011, pp. 51-66.

³ PARREU ALASA, F., *Diodoro de Sicilia*, Madrid 2001, Diodoro Sículo 1,31, 6-8, 207

⁴ PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1174-1178; FORSTER, E.M., *Alejandro cit.*, pp. 35-36; GOLDSWORTHY, A., *César. La biografía definitiva*, Madrid 2007, pp. 557-561; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 12-13; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra*, Madrid 2011, pp. 51-66.

De hecho, Ptolomeo XII y su hija tuvieron una muy especial relación. Cleopatra fue la favorita de su padre, y la futura joven reina se mostró siempre fiel a la memoria de su progenitor. Esto último, la relación de cariño y respeto entre Cleopatra VII y su padre, cobra su verdadera dimensión cuando valoramos la dramática biografía del padre de Cleopatra quien se había alzado en el trono de Egipto tras sobrevivir a una serie de asesinatos familiares, exilios, revoluciones e injerencias romanas. Una tempestad de odio y desconfianza generada y desatada en el seno de la familia real que hace aún más singular y atractiva la especial relación de afecto entre Ptolomeo XII y Cleopatra VII. Así como el respeto que esta última manifestó siempre por la memoria de su padre. Ptolomeo XII hijo ilegítimo de Ptolomeo IX, se hallaba en Siria cuando le llegó la noticia de la muerte a manos de los alejandrinos de su odiado primo Ptolomeo XI. La situación en Egipto era harto delicada. Sólo quedaba un heredero legítimo al trono, Cleopatra Selene, pero esta podía ser descartada al haber sido la esposa de tres reyes Seleúcidas de Siria, la tradicional potencia enemiga del Egipto Lágida. Por lo mismo, los hijos de Cleopatra Selene también eran descartables. De modo que sólo los dos hijos ilegítimos de Ptolomeo IX podían aspirar al trono. El mayor de ellos, Ptolomeo XII, pronto pasó de Siria a Egipto y ascendió al trono sin contar con el ahora indispensable beneplácito de la República romana. Los romanos, que desde el testamento de Ptolomeo X, que había legado Egipto al pueblo romano, se creían en el derecho de nombrar al rey de Egipto, se mostraron irritados y no concedieron su reconocimiento al nuevo soberano egipcio. Pero Ptolomeo XII se mantuvo en el trono pese a la desaprobación Romana, y este acto de desafío a Roma le granjeó la simpatía popular. Para evitar posibles complicaciones, Ptolomeo XII colocó en el trono de Chipre, una provincia egipcia, a su hermano menor, Ptolomeo de Chipre y se volcó en atraerse el apoyo popular de los alejandrinos y del sufrido pueblo egipcio. Es en esta política de búsqueda del apoyo popular frente a la hostilidad romana en donde se debe enmarcar la inteligente acción religiosa de Ptolomeo XII de la que tanto aprendería y que tan útil sería posteriormente a su hija Cleopatra VII. En efecto, en 76 a.C. Ptolomeo XII acudió a Menfis, la antigua capital faraónica y centro principal de la religión egipcia para ser coronado faraón en una antiquísima ceremonia por el sumo sacerdote del Dios Ptah, Pasherentah III. Para completar esta nueva línea de propaganda político-religiosa, Ptolomeo XII, a partir del año 64 a.C., añadió a su nombre el apelativo de “Neo Dionisos”.

Era una jugada maestra. Dionisos era identificado por los egipcios con Osiris, dios de la fertilidad y de la justicia y esposo de la popular Isis. Dionisos, además, había sido entroncado por los genealogistas alejandrinos con la familia lágida a través de Arsinoé, la madre de Ptolomeo I, el compañero de Alejandro y su sucesor en Egipto. Pues se afirmaba que Arsinoe descendía de Heracles y de Deianeira, hija de Dionisos. El nuevo rey era pues un nuevo Osiris-Dionisos. Algo que no olvidaremos cuando veamos a su hija Cleopatra VII aparecer junto a él en las inscripciones y relieves egipcios como una nueva Isis, ejerciendo el papel de consorte real; y que también recordaremos cuando Cleopatra VII, la nueva Isis, marche al encuentro de Marco Antonio, el “Nuevo Dionisos-Osiris” surgido tras la batalla de Filipos. Religión y política se darían de continuo la mano durante los años en que Cleopatra y Antonio regirían el Oriente romano-helenístico, y se olvida con frecuencia cuanto influyeron los actos del despreciado y dionisiaco padre de la gran reina en sus futuras acciones⁵. Cleopatra, desde muy pronto se convirtió en la favorita de su padre, por delante de sus hermanas Berenice, Arsinoe y de sus hermanos los futuros Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV. Su madre, también llamada Cleopatra, siempre estuvo más cerca de la mayor, Berenice y puede decirse que Cleopatra fue ante todo la hija de su padre y que hacia él volcó sus primeros afectos.

Poco se sabe de la educación de Cleopatra. Las princesas lágidas eran educadas para ser consortes reales efectivas, y para poder desempeñar, llegado el caso, el poder. Sabemos, por ejemplo, que la hermana pequeña de Cleopatra, Arsinoe, tuvo como tutor al eunuco Ganímedes, famoso no sólo por su valor y perfidia, sino también por su sabiduría. Mientras que Ptolomeo XIII, el hermano, primer esposo y rival de Cleopatra, fue educado por Teodoto de Quíos, a la sazón el mayor sabio griego de la época en Alejandría. Debe de suponerse que Cleopatra contó también con educadores de fama procedentes del Museion alejandrino. Cicerón, que la conoció personalmente y que la odió profundamente, confirma no obstante su buena educación y sus intereses intelectuales cuando nos dice en una de sus cartas que:

“Sus promesas estaban todas relacionadas con el saber, y no eran pues en modo alguno despectivas para mi dignidad...”.

⁵ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 10-34

Apiano, por su parte, afirma que Cleopatra trató de atraer a Marco Antonio hacia los campos de la cultura y de la conversación instruida. Mientras que Plutarco nos informa sobre las amplias dotes idiomáticas de Cleopatra diciéndonos que:

“Podía pasar al instante a cualquier lengua que quisiese, por lo que había pocos extranjeros con los que tuviese que tratar a través de un intérprete, y a la mayoría les daba ella misma la respuesta sin intermediario alguno, dirigiéndose en su lengua a los etíopes, a los trogloditas, a los hebreos, árabes, sirios, medos y partos. Se dice que sabía también el idioma de otros muchos pueblos, a pesar de que los anteriores reyes de Egipto no habían intentado dominar ni siquiera la lengua egipcia, y algunos incluso habían dejado de hablar el dialecto macedonio”.

Como puede advertirse de esta lista se excluye al latín, quizás porque Plutarco suponía que debía de darse por sabido al suponerse su conocimiento necesario para cualquier persona culta de la época. También se advierte que Plutarco alude indirectamente al dominio de la lengua egipcia por Cleopatra como una novedad entre los miembros de su dinastía⁶. Esto último la preocupación de Cleopatra por acercarse a la mayoría de sus súbditos mediante el conocimiento de su lengua, cultura y religión, la hizo enormemente popular. Los egipcios habían terminado por ver a sus reyes de origen macedonio como a gobernantes cuasi extranjeros que gobernaban sólo para el 10% de griegos y egipcios helenizados que constituían la clase gobernante del país desde la llegada al trono de los Ptolomeos, y para el 5% de judíos que alentaban el comercio, la banca y el artesanado de Alejandría amparándose en la protección real. Con Cleopatra VII, el 85% del pueblo del Egipto lágida, los egipcios nativos, volvió a verse representada en el trono real. No olvidaremos esto cuando tengamos que plantearnos por qué sobrevivió tan largamente la memoria de Cleopatra VII entre los egipcios, y por qué esa memoria, al contrario que la dejada por los autores greco-romanos, es tan positiva y esplendente.

⁶ RODRÍGUEZ-PANTOJA MÁRQUEZ, M. (trad.), *Cicerón, Marco: Cartas, I. Cartas a Ático (Cartas 1-161D)*, Madrid 1996: Cicerón, Cartas a Ático 15: 15; SANCHO ROYO, A. (trad.), *Apiano, Historia Romana. Guerras civiles*, Madrid 1985: Apiano, historia Romana 5:1; SÁNCHEZ HERNÁNDEZ, J.P. - GONZÁLEZ GONZÁLEZ, M. (trad.), *Plutarco, Vidas paralelas, VII: Demetrio-Antonio; Arato-Artajerjes; Galba-Otón; Dión-Bruto*, Madrid 2009: Plutarco, Vidas paralelas. Antonio 26; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 34-36; GOLDSWORTHY, A., *César cit.*, pp. 163-172.

Pero volviendo sobre el tema de la educación de Cleopatra VII, se debe recordar que las princesas y reinas lágidas y con ellas las damas de la alta sociedad egipcia de su tiempo, eran mujeres bien educadas y de fuertes intereses. Eran mujeres con fortuna que poseían y administraban grandes propiedades agrícolas, arrendaban inmuebles, tenían naves y gabarras con las que comerciaban por el Nilo y el Mediterráneo y disponían de cuentas bancarias. Todo ello las obligaba a convertirse en mujeres de negocios altamente preparadas; y presupone no sólo el conocimiento de la escritura, sino también de la aritmética, de diversas costumbres y tradiciones legales y de varias lenguas. Cleopatra VII no fue pues una excepción, sino tan sólo el máximo exponente de un mundo pleno de mujeres fuertes y ricas que contaban con un grado de poder, cultura y libertad, superior al que por los mismos años disponían las mujeres romanas y griegas.

Pero si en algo destacó Cleopatra fue en su preocupación por la educación y la ciencia. Así, contrató los servicios del celeberrimo erudito Nicolás de Damasco para que educara a los gemelos que tuvo con Antonio, Alejandro Helios y Cleopatra Selene. Sostuvo personalmente al templo de la diosa Hathor en Dendera que estaba consagrado a la salud femenina, y en especial al embarazo y el parto; y que no sólo era un recinto de culto, sino un auténtico centro ginecológico. E intervino personalmente en las obras que encargó al arquitecto Dexiphanes. No es pues de extrañar que la tradición conservada en Egipto y transmitida a los autores coptos, melkitas y musulmanes del país vinculara a Cleopatra con el estudio de la ginecología, así como con la filosofía, la astronomía, la cosmética, la medicina en general, y con la ginecología en particular. Cleopatra como mujer justa, sabia e interesada en la cultura y la ciencia, sería de hecho, la reina que sobreviviría en Oriente.

Pero mientras Cleopatra crecía y se educaba, Roma no olvidaba que el padre de Cleopatra, Ptolomeo XII, había ocupado el trono egipcio sin su beneplácito. Así, en 65 a.C., cuando Cleopatra contaba con cuatro años de edad, Marco Licinio Craso, a la sazón Censor, propuso la ejecución efectiva del testamento de Ptolomeo X, y en consecuencia, la inmediata anexión de Egipto. Dos años más tarde, el tribuno de la plebe Publio Servilio Rulo promocionó una ley agraria que preveía el reparto de tierras egipcias entre los beneficiarios romanos. Ambas tentativas, la de Craso y la de Rulo, fueron rechazadas, pero mostraban que Egipto estaba en los planes de los políticos romanos, y que si Ptolomeo XII quería mantenerse en su trono necesitaba

con urgencia un “patrón romano” que atrajera sobre él la protección romana y ahuyentara a los ambiciosos. Ese “Protector” no podía ser otro más que Pompeyo Magno. Enemigo de Marco Licinio Craso y conquistador de Oriente tras la última intentona de Mitrídates del Ponto por sustraerlo al dominio romano. Pompeyo se hallaba en 63 a.C. muy cerca de Palestina, y Ptolomeo XII acudió a él en busca de protección. Le envió tropas auxiliares que le ayudasen en la pacificación de Palestina y Siria y le regaló una pesada y espléndida corona de oro que el general romano aceptó. En el código socio-político internacional de la época la aceptación de la corona de oro enviada por el rey egipcio significaba que Pompeyo lo ponía bajo su protección. Ptolomeo XII había sido un rey díscolo desde el año 80 a.C. ahora volvía a ser un rey cliente de Roma o por mejor decir, de Pompeyo. No olvidaremos esto cuando en 48 a.C. se desarrolle el drama de Pompeyo en Egipto.

Mientras tanto Ptolomeo XII se podía dar por satisfecho. No por mucho tiempo. En 60 a.C. la constitución del primer triunvirato, Pompeyo, Craso y César, volvió a poner en peligro el trono de Ptolomeo XII “Auletes” pues tanto Craso como César parecían sopesar la idea de anexionarse Egipto. El primero para socavar la posición de Pompeyo en Oriente y por ende en Roma; el segundo por su constante necesidad de dinero. Sin embargo, la mayor parte del senado recelaba de las maniobras de Craso y César, mientras que Pompeyo y su partido, claro está, se oponían a ella. Al cabo, Ptolomeo XII “Auletes” pagó seis mil talentos de oro, la mitad de los ingresos fiscales anuales que proporcionaba Egipto, a Pompeyo y a César, a cambio de que neutralizaran a Craso y olvidaran el proyecto y lo reconocieran como rey legítimo de Egipto y “Amigo del pueblo romano”. Fue una jugada maestra de Pompeyo posibilitada por el oro egipcio. La alianza Craso/César, estaba rota y “Auletes” parecía, definitivamente a salvo en aquel año 59 a.C. en que Cleopatra cumplía 10 años⁷.

No fue así. Los 6.000 talentos de oro eran una suma demasiado grande para un Egipto empobrecido. Auletes se vio obligado a exprimir al máximo a los alejandrinos y al campesinado egipcio. Al cabo, la pésima gestión financiera del rey llevó a la bancarrota y al impago de la suma acordada con

⁷ CARCOPINO, J., *Julio César*, Madrid 1974, pp. 204-260; ROLDÁN, J.M., *Césares*, Madrid 2008, pp. 72-81; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 36-37

César y Pompeyo. Desesperado, Ptolomeo XII “Auletes” tuvo que recurrir a los servicios de Cayo Rabirio Póstumo. Un poderoso banquero romano que facilitó a Auletes el oro necesario para completar el disparatado soborno cobrado por César y Pompeyo para neutralizar a Craso y a sus planes de anexión de Egipto. Con ese oro egipcio fue con el que César puso en marcha la conquista de las Galias.

Pero la crisis no había pasado. Pagado el soborno, puesto a salvo Egipto, la codicia romana se posó en una de sus antiguas dependencias: Chipre. La gran isla estaba gobernada, como se recordará, por el hermano menor de Ptolomeo XII, que gobernaba Chipre en calidad de vasallo del trono de Egipto. Chipre había quedado fuera del acuerdo, o así lo interpretaron César, Pompeyo y Craso, y en 58 a.C. el senado romano convirtió la isla en posesión romana. Ptolomeo de Chipre, el hermano de Auletes y tío de Cleopatra, se negó a aceptar el compromiso que le ofrecían los romanos: convertirse en el sumo sacerdote del riquísimo templo de Pafos, en Chipre, y prefirió el suicidio a la deshonra de entregar su corona a la República romana.

Era demasiado para el pueblo egipcio. Agobiados por los impuestos que Auletes les había impuesto para pagar el “soborno romano” y avergonzados de la traidora y cobarde conducta de su rey ante la muerte de su hermano y ante la anexión de Chipre, los alejandrinos se alzaron contra Ptolomeo XII y colocaron en el trono a su hija mayor Berenice y a su esposa Cleopatra. Ptolomeo XII tuvo que huir para salvar su vida y viajó como suplicante a Rodas en donde Marco Porcio Catón le recibió de forma grosera y lo obligó a continuar viaje hacia Roma. Algunos historiadores han supuesto que la joven Cleopatra, por entonces una adolescente de doce años, acompañó a su padre. Una inscripción hallada en Atenas y en la que una princesa, “Hija del rey de Libia” dejó constancia de su estancia en la ciudad de los filósofos, pareciera sustentar dicha conjetura. Pero son rarísimas las confusiones entre Libia y Egipto, y la inscripción no está datada con precisión. Por eso la mayoría de los especialistas se inclinan por pensar que la Cleopatra de la inscripción de Atenas era una hija o nieta del rey Juba de Mauritania y por tanto, una nieta o bisnieta de Cleopatra VII⁸.

⁸ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 1174-117.

Pero volvamos a Egipto. La joven, pero fuerte Berenice IV, que no debía de tener más de 19 años, ocupó el trono junto con Cleopatra Trifera. De esta última no sabemos si se trataba de su madre, Cleopatra V o de otra hermana que compartía el nombre con nuestra Cleopatra. El reinado de Berenice IV se caracterizó por su popularidad y acierto. Pero sus logros estaban lastrados por la amenaza constante de que su padre, el destronado Ptolomeo XII volviera a Egipto aupado por el poderío romano. Además, Berenice IV quedó pronto sola en el trono. Tras un año de gobierno en común, Cleopatra Trifera murió sin que sepamos la causa, y Berenice no recurrió a sus hermanas, Cleopatra VII y la pequeña Arsinoe, ni a sus hermanos pequeños, los futuros Ptolomeo XIII y Ptolomeo XIV, sino que buscó un marido que le permitiera afianzarse en el trono. Tras un primer y breve matrimonio, que terminó con el asesinato del infortunado marido por su expeditiva mujer, Berenice IV se casó en segundas nupcias con Arquelao de Comana, sumo sacerdote del gran templo de Belona en Comana y supuesto hijo de Mitrídates del Ponto. La pareja funcionó bien y fue muy popular, pero Roma y Ptolomeo XII acechaban. Al cabo, Berenice IV decidió enviar a Roma una gran embajada compuesta por cien prohombres y presidida por el famoso sabio Dión de Alejandría. Los sobornos de Ptolomeo XII y sus oscuras maniobras, que terminaron con el asesinato de varios miembros de la embajada alejandrina, impidieron que Roma reconociera a Berenice IV y a Arquelao como reyes legítimos de Egipto.

Pero Ptolomeo XII y sus aliados romanos tampoco salieron indemnes del escándalo y el exiliado rey egipcio se vio obligado a dejar Roma y refugiarse en el templo de Artemisa en Efeso. Al cabo, en 55 a.C., Ptolomeo XII, apoyado por los banqueros romanos y por Pompeyo, logró sobornar al gobernador romano de Siria con 10.000 talentos de oro a cambio de que invadiera Egipto y le devolviera su trono. Gabinio, así se llamaba el gobernador en cuestión, cumplió su parte en el oscuro trato y su ejército, en buena medida compuesto por mercenarios galos y germanos, derrotó al ejército egipcio conducido por el valiente pero infortunado Arquelao que murió en la batalla. La caballería romana estaba al mando de un joven oficial, Marco Antonio y su participación en los hechos fue muy destacada. Marco Antonio dejó además muy buen recuerdo entre los egipcios, pues atemperó la ira del viejo Ptolomeo XII. Este se comportó vengativamente. Ajustició a Berenice IV y a muchos de sus partidarios y su venganza hubiera acabado

con la vida de muchos notables alejandrinos si el joven jefe de la caballería romana no le hubiera parado la mano.

Es muy probable que fuera en ese convulso año 55 a.C. cuando Marco Antonio y Cleopatra se conocieron. Cleopatra debía de ser una atractiva joven de 14 años y Marco Antonio un joven oficial romano perteneciente a una de las *gens* más nobles de Roma, pero empobrecida y con su honor algo deslucido por la pobre actuación militar y política del padre de Marco Antonio, y por la libertina vida del propio Antonio.

Durante todo un año Egipto quedó en manos del banquero romano Rabirio, que copó con sus hombres la administración del país y lo saqueó a conciencia para cobrarse los crecidos créditos que había otorgado a Ptolomeo XII. La opresión resultante fue de tal magnitud que al año siguiente estallaron disturbios entre los campesinos y en las ciudades egipcias. El rey aprovechó la situación para deshacerse de Rabirio y del control económico de los banqueros romanos. Rabirio, de vuelta a Roma, fue llevado a juicio y terminó traspasando a César la titularidad de los préstamos que había concedido a Ptolomeo XII y que todavía no había podido cobrar del todo.

Por su parte, Gabinio, el corrupto gobernador de Siria que había aupado de nuevo al trono a “Auletes” dejó en Egipto en calidad de ejército mercenario, a miles de sus soldados para asegurar el trono de Ptolomeo XII. No obstante, Gabinio, a su regreso a Roma, fue juzgado y condenado al exilio. Egipto quedó pues de nuevo en manos de Ptolomeo XII, quien asoció a Cleopatra, su hija preferida, sin duda, al trono como consorte real. Los nombres de ambos aparecen en los cartuchos reales que se nos han conservado en las criptas del templo de la diosa Hathor en Dendera. Un templo cuyas obras comenzaron el año 54 a.C., aunque muchos historiadores inician el reinado de Cleopatra en 51 a.C. Estas inscripciones de Dendera la muestran como reina consorte de su padre desde al menos el 54 a.C.; y puesto que Eutiquio de Alejandría, recogiendo la tradición popular egipcia, fija la cronología de su reinado desde el 59 a.C., podría sostenerse en nuestra opinión, que Cleopatra VII filópator, llevaba asociada al trono egipcio desde los 10 años y que la preferencia de su padre por ella, pudo jugar algún papel en el conflicto desencadenado en la familia real que culminó con la expulsión del trono de Ptolomeo XII y la toma del poder por su hija mayor, Berenice IV. Todo ello podría así mismo dar cierta solidez a la hipótesis de que Cleopatra acompañó a su padre en su exilio romano.

Algo que la mayoría de los especialistas descarta, pero de lo que no se tiene más pruebas, ni a favor ni en contra, que las conjeturas que cada historiador se haga al respecto⁹.

En cualquier caso y hacia el año 54 a.C. lo más tardar, Cleopatra VII Filópator era reina consorte de Egipto. Para la religión tradicional egipcia era muy importante la figura de la reina y Cleopatra Filópator comenzó a ejercer ese papel desde su más temprana adolescencia. Egipto seguía pues siendo un país independiente pero empobrecido. Una serie de malas inundaciones atormentaron al país del Nilo durante los años 54 a 49 a.C. Encadenando una serie de malas cosechas que hicieron disminuir gravemente los ingresos fiscales y soliviantaron los ánimos del campesinado y del pueblo alejandrino que había idolatrado a Berenice IV y a su valiente marido, Mitrídates de Comana, y que veían con malos ojos a su viejo rey que tanto dependía del apoyo de los odiados romanos.

Además, la tranquilidad política no era completa. Craso, el triunviro, marchó a Oriente para preparar su campaña contra Partia, pues debería igualar su menguada gloria militar con la de sus colegas y rivales en el triunvirato, Pompeyo y César. Craso siempre había sido partidario de la anexión de Egipto y veía en Ptolomeo XII a un rey cliente de Pompeyo y por lo tanto, un rival a batir. Afortunadamente para Egipto, y sobre todo para su dionisiaco y viejo rey, Craso se dejó la vida y el poder en la batalla de Carras, 53 a.C. Al cabo y por fin, el viejo “Auletes” pudo pasar sus dos últimos años de vida en un ambiente de cierta tranquilidad. Egipto estaba seguro en sus manos y en las de su cada vez más activa hija favorita, Cleopatra.

En 51 a.C. murió el viejo rey. Su testamento especificaba que el pueblo romano quedaba como garante de sus últimas voluntades. De hecho sería Pompeyo Magno, el protector romano del difunto rey, el que actuara

⁹ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 37-41; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 113-124; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1175-1177; PIRONE, B., *Gli Annali, Eutichio patriarca di Alessandria*, El Cairo 1987 (Eutiquio I, cap. VIII, pp. 146; en donde se nos dice que la invasión de Egipto por Gabinio tuvo lugar en el cuarto año del reinado de Cleopatra, esto es, en 59 a.C. pues Gabinio invadió Egipto desde Siria en 55 a.C. Sobre la cronología de Eutiquio véase en la introducción de la obra p. 13; otras entradas de Cleopatra en los anales de Eutiquio véanse pp. 140-141 y 145.

como albacea. Ptolomeo XII dejaba el poder a su hija favorita, Cleopatra VII filópator, de 18 años de edad. Cleopatra, claro está y siguiendo la tradición egipcia y lágida, compartiría el trono con su hermano menor de 10 años, Ptolomeo XIII. Pero nadie albergaba dudas de que sería ella la que llevaría la voz cantante en el nuevo régimen. Algo que queda evidenciado en las inscripciones que de esta primera parte de su reinado nos ha dejado Cleopatra. Uno de esos testimonios, fechado en el año 51 a.C., es una estela en la que Cleopatra aparece representada totalmente masculinizada. Mientras que la inscripción deja claro que se trata de una mujer, que además gobierna Egipto en solitario. Esta, la única imagen que se ha conservado de Cleopatra como rey mujer, recuerda el material artístico tebano de la mujer faraón, Hapsepsut, de comienzos del Reino Nuevo, (s. XV a.C.); el paralelismo es tan sugerente que algunos historiadores han creído ver en la vieja reina el modelo que siguió Cleopatra VII Filópator. Pero mientras que Hapsepsut tuvo que enfrentarse a los convencionalismos de una época que no concebía la posibilidad de que una mujer ostentara el poder real marginando al varón, Cleopatra VII vivió en un periodo en el que poderosas reinas habían ya gobernado Egipto por sí mismas: Cleopatra I, Cleopatra II, Cleopatra III y Berenice IV. Sus modelos pues, estaban muy próximos en el plano temporal y pertenecían a su propia familia¹⁰.

En cualquier caso, queda más que demostrado que Cleopatra, a sus 18 años de edad, quería gobernar sola y gobernó sola. Marginando a su pequeño hermano, actuando como un faraón mujer y siendo así aceptada por su pueblo. Posiblemente, eso es lo que piensa la mayoría de los especialistas, el testamento de Ptolomeo XII “Auletes” dejaba estipulado el casamiento de Cleopatra con su hermano Ptolomeo XIII. Pero Cleopatra, de 18 años de edad, era demasiado mayor para no estar casada y su hermano de 10 años demasiado joven para consumir un matrimonio. En el Egipto de la época la mayoría de las mujeres se casaban entre los 15 y los 19 años con hombres notoriamente mayores que ellas. Cleopatra y su hermano eran una anomalía y desde un principio la diferencia de edad y el carácter dominante de Cleopatra hicieron imposible la pervivencia de la situación diseñada en el testamento de Ptolomeo XII “Auletes”. La inestabilidad política estaba pues servida y

¹⁰ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 41-51; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 163-172; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 437-442; 1176-1178.

no tardó en propiciarla el irregular comportamiento del Nilo que, de nuevo arrojó sobre la negra tierra egipcia dos años de escasísimas inundaciones.

Ahora bien, la vinculación religiosa del poder. El nexo entre orden y equilibrio, “Maat” y realeza. Exigían que rey y reina se manifestaran en armonía. Así que en torno al rey-niño Ptolomeo XIII se formó una camarilla que, apoyándose en el descontento popular, motivado por las escasas cosechas de los años 50 y 49 a.C., obligó a Cleopatra a conceder más protagonismo a su pequeño hermano. Para colmo de males estalló una nueva guerra civil en Roma. Pompeyo volvió los ojos hacia Egipto a cuyo rey tanto había protegido y ayudado y cuyo testamento guardaba. Cleopatra no podía negarse a socorrerlo. Así que cuando el hijo mayor de Pompeyo, Cneo, se presentó el año 49 a.C. en Egipto solicitando oro, trigo, naves y soldados, la joven reina le dio dinero, víveres, 60 naves y 500 soldados. Era un paso obligado pero peligroso. Cleopatra no sólo se comprometía abiertamente con uno de los dos bandos romanos en pugna, sino que se atraía el odio de los alejandrinos. Estos detestaban a los romanos y veían en Cleopatra, hija y consorte real del odiado y difunto Ptolomeo XII “Auletes”, la continuadora de este último: el plegamiento absoluto a los dictados romanos. Así que no fue difícil para los partidarios del niño rey Ptolomeo XIII atraer sobre la joven reina el descontento de los inquietos y volubles alejandrinos. La situación de la joven reina empeoró por momentos. Desde un principio y hasta el final de sus días, Cleopatra parece haberse apoyado en el campesinado y el pueblo egipcio nativo que, como veremos más adelante, conservó con reverencia su recuerdo. En cualquier caso parece claro que la reina comprendió que su poder sería más sólido si se apoyaba en el 85% de la población de su país. Pero en contrapartida y tal y como se advierte con claridad en los primeros años de su reinado, los alejandrinos y en especial los griegos de Alejandría, no la querían como reina gobernante. Al cabo, a fines del verano del 49 a.C., los enemigos de Cleopatra lograron hacerla caer del trono y colocar a Ptolomeo XIII, que por entonces debía ya de haber cumplido los 13 años de edad, como único monarca. Cleopatra logró no obstante salvar la vida y huir y dice mucho de su carácter que, tras numerosas peripecias y aventuras que la llevaron primero hacia el sur de Egipto, hacia Tebas, para después y atravesando el Mar Rojo, hacia Arabia y Siria, alcanzara al cabo la seguridad de la ciudad de Ascalón, en el sur de palestina, en donde desplegó tal actividad y con tanto genio, que en el plazo de unos meses reunió en la antigua ciudad filistea un pequeño ejército, un

tesoro de guerra y la simpatía de numerosos partidarios egipcios, judíos, filisteos y árabes.

Para fines del verano del 48 a.C. Cleopatra se disponía a invadir Egipto mientras que los hombres de su hermano comandados por el general Aquila, el jefe de los “gabinianos” le cerraban el paso en las impresionantes fortificaciones de Pelusio. Pero antes de que se desencadenara el combate decisivo llegaron hasta ambos contendientes por el trono egipcio las noticias de lo ocurrido en Farsalia: Cayo Julio César había derrotado a Pompeyo Magno¹¹.

III. CLEOPATRA Y CÉSAR. NECESIDAD Y AMBICIÓN

La batalla de Farsalia lo cambió todo y no solo para los romanos, sino también para los egipcios. Cleopatra, se recordará, había apoyado a Pompeyo Magno. Este se había retirado a Oriente y allí había reunido un impresionante ejército con el apoyo de los numerosos reyes clientes que tanto le debían. Ptolomeo XIII, o por mejor decir, sus consejeros, necesitaban su aprobación tras el golpe contra Cleopatra y lo obtuvieron. Pompeyo, necesitado de más oro y trigo, contravino el testamento de su viejo protegido, Ptolomeo XII “Auletes”; y aceptó la nueva situación egipcia desamparando a Cleopatra y reconociendo como único rey legítimo a Ptolomeo XIII. El giro de Pompeyo Magno colocó a la joven Cleopatra, todavía refugiada en Ascalón, en una difícil posición. De aliada fiel que había perdido su trono por mor a su apoyo a Pompeyo pasaba a enemiga de su antiguo protector que la desamparaba a favor de su implacable pragmatismo romano. Pero la nueva posición política de Cleopatra la convertía así mismo en potencial aliada de César. Más aún. Cuando Pompeyo, tras ser derrotado en Farsalia, huyó hacia Egipto en busca del apoyo del joven Ptolomeo XIII, a la sazón tratando de detener al ejército de Cleopatra ante Pelusio, no halló lo que buscaba y esperaba, sino la muerte a traición. Aquello fue un paso mal calculado por los intrigantes consejeros de Ptolomeo XIII. Estaban asustados. Su joven rey había buscado y logrado la aprobación de Pompeyo. Éste había

¹¹ ROLDÁN, J.M., *Césares cit.*, pp. 80-86; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1178-1179; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 51-52 y 57-58; GOLDSWORTHY, A., *César cit.*, cap. 19 y pp. 559-562.

sido inesperadamente derrotado, y creyeron que la única forma de neutralizar el descontento de César y las posibles maniobras de Cleopatra era ofrecer la cabeza de Pompeyo a su enemigo en la guerra civil. Se equivocaron. Puede que a César le viniera muy bien la muerte de Pompeyo y es muy probable que su dolor y tristeza ante la visión de la cabeza cortada y del anillo de su rival fuera no sólo fruto de una verdadera y espontánea emoción, sino también del cálculo político, pero en cualquier caso Pompeyo Magno había sido un magistrado romano y sus asesinos, el imberbe Ptolomeo XIII y sus consejeros, habían demostrado ser clientes romanos poco seguros. En efecto, tras atacar a Cleopatra por ayudar a Pompeyo y continuar la política pre-romana del difunto Ptolomeo XII, habían pasado a mendigar la aprobación del antes denostado Pompeyo y de la odiada Roma; y tras ponerse de su lado en la guerra civil, no habían vacilado en traicionarlo y asesinarlo. Demasiados cambios para ser fiables. Por eso César, en cuanto desembarcó en Alejandría al frente de un pequeño ejército de 4.000 hombres y tras desfilar con todas las insignias y pompa del supremo magistrado de la todopoderosa república romana, se instaló en una sección del inmenso complejo palaciego de los lágidas y se dispuso a ordenar los asuntos de Egipto para aprovechar el obligado paréntesis invernal.

No ha de olvidarse que César tenía en su poder los antiguos créditos, aún sin cobrar, que dejara tras de sí el padre de Cleopatra y Ptolomeo XIII. Como tampoco puede olvidarse que los alejandrinos odiaban profundamente a Roma y, por lo tanto, el desfile de César y sus tropas por la ciudad fue tomado como una ofensa. Amenaza y rencor. Una mala combinación y sobretodo si se la adereza con una posición débil. César estaba aislado de su ejército. Con sus 4.000 hombres y el mar cerrado a la navegación por las tormentas otoñales e invernales, arriesgaba mucho quedándose en Alejandría. Pero necesitaba oro para continuar la guerra civil y ante todo, para consolidar su poder y pagar a su ejército fuertemente incrementado con las legiones pompeyanas que se habían pasado a él tras la jornada de Farsalia. Necesitaba pues estabilizar Egipto para que este pudiera pagarle los créditos que tenía en su mano y para convertirlo en una base de poder personal. Por eso adoptó la postura de árbitro y juez en la guerra civil egipcia¹².

¹² CARCOPINO, J., *Julio César cit.*, pp. 465-466; GOLDSWORTHY, A., *César cit.*, pp. 555-557; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 52-57.

Ahora bien, con Egipto en sus manos y con el apoyo de los alejandrinos, Ptolomeo XIII y con él y sobre todo sus consejeros, no podían arriesgarse a que César repusiera a Cleopatra en el trono egipcio. El testamento de su padre, Ptolomeo XII era claro en este punto. Además, Cleopatra, al contrario que su hermano, había exhibido una fidelidad hacia Roma a prueba de cambios políticos, mientras que su pequeño hermano se había erigido en la cabeza del partido anti-romano, y ello a la par que se aliaba y luego traicionaba, con y a Pompeyo. Para mayor abundamiento, César ya estaba en comunicación con Cleopatra por carta. ¿Qué podía esperarse? Ptolomeo XIII no esperó. Sus tropas seguían cortando el paso a Cleopatra en Pelusio y su flota, al mando de Potino, bloqueó el puerto de Alejandría. El populacho alejandrino comenzó a atacar a los soldados de César y este se vio, de pronto, sitiado en palacio.

Fue entonces cuando apareció Cleopatra. Su teatral presentación ante César no deja lugar a dudas: planeó su conquista. La joven reina llegó ante el vencedor de las Galias envuelta en un fardo de sábanas y tras burlar el bloqueo de su hermano. ¿Se enamoraron? Nunca lo sabremos. César era un afamado seductor y, antes y después de Cleopatra, sedujo a algunas de las mujeres más célebres y poderosas de su tiempo. Así, tras dejar a Cleopatra en 47 a.C. y antes de que esta volviera a él en 45 a.C., mantuvo un apasionado romance con Eunoë, hija del rey Boco de Mauritania. César era apasionado. César era un seductor. Cleopatra también. Es muy probable que ambos coincidieran en seducirse mutuamente. Ambos se necesitaban. Cleopatra podía volver a ser Egipto y César necesitaba a Egipto, y ya había comprobado que Ptolomeo XIII y su camarilla no eran de fiar. Cleopatra, por su parte, necesitaba a César para volver a auparse al trono y para que un hombre legitimara su poder. En román paladín, Cleopatra necesitaba un hijo. Un hijo que la consolidara en el trono y que le permitiera reinar como Reina Madre sin interferencias, pero con el respaldo de un poderoso padre que, desde la lejana Roma, velara por su vástago sin trabar en exceso a la madre del mismo. La alianza estaba servida.

César era un hombre atractivo. Cleopatra era una mujer atractiva. Su belleza, que nunca podremos juzgar, quedaba en un segundo plano ante su fuerte personalidad, su inteligencia, su juventud y su sofisticación. Puede que César y Cleopatra no se amaran, o puede que sí. De lo que no hay duda es que se atrajeron poderosamente y que se sirvieron el uno del otro. El sexo, la pasión, sancionaron y consolidaron el pacto político y ante todo,

marcaron un nuevo camino para ambos. César comprendió que Egipto podía transformarse en su base de poder personal y en el asiento de una dinastía propia. Cleopatra comprendió que Egipto podía asegurar su futuro y reconstruir su imperio si unía su destino a César; y si ambas familias, a la sazón las más poderosas del Mediterráneo, lágidas y Julios, se unían dando lugar a una nueva dinastía que debía de gobernar el mundo. Ese fue el Oriente, el mundo que soñaron César y Cleopatra y que más tarde soñarían Antonio y Cleopatra. Ese fue el sueño que Octavio Augusto trató de abortar.

Pero en el otoño del 48 a.C. César y Cleopatra se enfrentaban a la muerte. César había procedido a la lectura pública del testamento de Ptolomeo XII “Auletes”, y puesto de nuevo en el trono egipcio a Ptolomeo XIII junto a su hermana Cleopatra VII Filópator. En un gesto de conciliación había cedido nuevamente Chipre a Egipto, y puesto esta isla bajo la autoridad de Arsinoe y Ptolomeo XIV, los hermanos menores de Cleopatra y Ptolomeo XIII. Para César podía ser una buena solución, para Ptolomeo XIII y sus consejeros no. La guerra de Alejandría comenzó.

César había retenido junto a él a Arsinoe, a los dos Ptolomeos y a Cleopatra. Pero en noviembre la joven, pero impetuosa Arsinoe logró escapar y unirse a los rebeldes que asediaban a César. Pronto su tutor, Ganímedes, se deshizo del general de los gabinius, el incompetente Aquila y apretó el cerco a César. Una de sus maniobras dejó al borde de la derrota a César: canalizó agua de mar hasta los depósitos de agua dulce que abastecían al pequeño ejército de César. Al cabo, mediante una nueva treta alejandrina, Ptolomeo XIII logró llegar hasta los rebeldes y la lucha se avivó aún más dirigida ahora no sólo por Ganímedes y la belicosa Arsinoe, sino también por el joven pero aguerrido Ptolomeo XIII¹³. Para diciembre del 48 a.C. la

¹³ GOLDSWORTHY, A., *César cit.*, pp. 558-569; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 62-64 y 102-103; CARCOPINO, J., *Julio César cit.*, pp. 467-472; CÉSAR, J., *Autores del corpus cesariano, Guerra civil; Guerra de Alejandría; Guerra de África; Guerra de Hispania*, Madrid 2005, Guerra de Alejandría 5-22; GUZMÁN HERMIDA, J.M., *Plutarco. Vidas paralelas, VI: Alejandro-César; Agesilao-Pompeyo; Sertorio-Eumenes*, Madrid 2007; Plutarco, *Vidas Paralelas, César 49*. CANDAU MORÓN, J.M. - PUERTAS CASTAÑO, M.L. - MARIÑO SÁNCHEZ, E.R.M., *Plutarco, Vidas Paralelas, II*, Madrid 2004. Dión Casio, XLII. 3,1 ss 9, 1; 34-37; 42,4 ss.; XLIII. 29,3; AGUDO CUBAS, R.M. (trad.), Suetonio Tranquilo, Cayo, *Vida de los doce césares*,

situación de César y de Cleopatra VII era desesperada y si no hubiera sido por la llegada ante Pelusio de un ejército aliado comandado por el experto general Mitrídates del Ponto, César hubiera perecido. Pero la noticia de que Mitrídates del Ponto venía a rescatar a César, y que su pequeño ejército aliado había sido reforzado con contingentes judíos y árabes, alarmó a Ptolomeo XIII que corrió a Pelusio para detener la invasión. César rompió el cerco y corrió a unirse con Mitrídates. Al cabo, el ejército egipcio fue aniquilado y el joven rey murió ahogado en el Nilo, o eso se dijo. Nunca se encontró su cuerpo, sino tan sólo su armadura dorada; y años más tarde, un joven que se hacía pasar por, o que era realmente Ptolomeo XIII, trató de apoderarse del trono egipcio.

Pero César, y con él Cleopatra, habían triunfado. César colocó como reina dirigente de Egipto a Cleopatra. Cierto es que esta ocupó el trono junto a su hermano de 13 años Ptolomeo XIV, pero también es cierto que el nombre de Cleopatra precedió siempre al de su consorte y hermano, y que fue ella y sin interferencia alguna, la que tomó las decisiones de gobierno desde el primer momento.

Para premiar a los judíos por sumarse con entusiasmo a las filas del ejército aliado y salvador conducido por Mitrídates del Ponto, César les concedió a los que residían en Alejandría la ciudadanía plena. El gesto podía interpretarse y así debió de quererlo César y con él Cleopatra, de dos maneras: como un premio para los judíos en general, y en particular para los alejandrinos, y como un castigo para el populacho griego de Alejandría que tan contrario había sido a Cleopatra y que tan ardientemente se había opuesto a César. Ahora Cleopatra no sólo contaba con el apoyo del sufrido campesinado y artesanado egipcio nativo, sino también con la poderosa comunidad judía de Alejandría.

En primavera del 47 a.C. César y Cleopatra emprendieron un largo viaje por barco río Nilo arriba. La tradición transformó aquel viaje en un escenario de pasión romántica. Más bien fue un viaje de evaluación y prestigio. Evaluación de la riqueza del país. Prestigio asentado en las espadas de los legionarios que tripulaban los 400 barcos que constituían la flota de César y Cleopatra. Se trataba de inventariar Egipto, y de mostrar que Cleopatra

tenía el apoyo incondicional de César. Para ese entonces, Cleopatra estaba embarazada y el hijo que llevaba en su vientre aseguraba su trono. César no podía reconocerlo según la ley romana. César estaba casado legalmente con una noble romana, Calpurnia, y tenía sólo una hija reconocida: Julia. No obstante, César había tenido docenas de amantes, y aunque se murmuraba que el joven Bruto era su hijo, lo cierto es que su fertilidad podía ponerse en duda. No la de Cleopatra que pariría sin problemas al menos otros cuatro hijos, además de Cesarión; así se llamaría su hijo: César Ptolomeo XV.

César dejaría Egipto en junio del 47 a.C. para enfrentarse al rey del Bósforo Cimerio y a los pompeyanos de África e Hispania, y para seducir a Eunoé de Mauritania. Cleopatra tendría a su hijo, y no se reuniría con César hasta octubre del 46 a.C.¹⁴. César acababa de celebrar un espléndido triunfo en el que exhibió por las calles de Roma a la hermana de Cleopatra, Arsinoé. Y la presencia de la propia reina egipcia, acompañada de su esposo niño, Ptolomeo XIV y del hijo habido con el dictador romano, Cesarión, podía ser interpretada como la demostración de su ventajosa relación con Julio César; o como muestra de que, en última instancia, podía no ser sino un valioso rehén de la nueva política imperial de Cayo Julio César.

Sea como fuere y los especialistas no se ponen de acuerdo en ello, lo cierto es que Cleopatra se instaló en la gran casa que César poseía en la Suburra romana, y que permaneció allí aún cuando el dictador marchara a Hispania en diciembre del 46 a.C. El objetivo de esta primera estancia romana de Cleopatra bien pudo ser obtener el reconocimiento del senado romano al nuevo régimen egipcio instaurado por César en el país del Nilo. Al año siguiente y tras una corta estancia en Egipto, Cleopatra volvería a Roma. La situación había cambiado mucho y César, alzado sobre sus últimos triunfos, mostró a la reina egipcia con menos comedimiento. En el templo de la madre Venus erigió una estatua de oro de Isis junto a la estatua de la diosa Venus. El simbolismo, una vez más, era rico y complejo. La escultura de Isis tenía las facciones de su esposa egipcia, Cleopatra; Isis se equiparaba con Venus, y Venus, es bien sabido, era reivindicada por César como antepasada de la Gens Iulia. Se cerraba el círculo y de esa forma la

¹⁴ GOLDSWORTHY, A., *César cit.*, pp. 569-574; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 103-109; CARCOPINO, J., *Julio César cit.*, pp. 473-480; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1178-1179.

esposa extranjera de César, no reconocida por la ley romana, se transmutaba en diosa romana; esto es, en una consorte ideal del Dios Julio en ciernes. Roma podía recelar de los reyes, pero no de los dioses. La segunda estancia romana de Cleopatra se prolongó hasta el asesinato del gran hombre en marzo del 44 a.C.

La presencia equívoca e inquietante, para los romanos más tradicionales, de Cleopatra junto a César, fue para éste un flanco abierto. Cleopatra podía reforzar la posición de César manteniéndose en Egipto, pero sin duda la debilitaba estando a su lado en Roma. Ciertamente es significativo que alguien como César, tan fajado en las luchas e intrigas políticas romanas, no advirtiera lo peligroso de la cuestión; y sólo puede explicarse la prolongación de la estancia romana de Cleopatra como evidencia de que César pretendía dotar a su relación con Egipto, y por ende con la reina del país, de una categoría especial, y que trascendiera lo puramente romano, para asentarse en lo helenístico, esto es, en lo universal y ecuménico. Pero todo salió mal. César fue asesinado y Cleopatra, embarazada una segunda vez de César, se vio impelida a trasladarse de nuevo a Egipto¹⁵.

IV. CLEOPATRA Y EL NUEVO EGIPTO. MIRANDO MÁS ALLÁ DE MARCO ANTONIO

El regreso de Cleopatra a Egipto da comienzo a su fase más luminosa y relevante. No obstante, dicha fase de su biografía se inició con una nueva y peligrosa situación internacional: el desencadenamiento de la nueva guerra civil romana que, por fuerza, obligaría a Egipto y a su reina a tomar partido. Por lo pronto, Cleopatra se vio reforzada por la oportuna muerte de su hermano y consorte Ptolomeo XIV. Según Flavio Josefo, la “oportuna muerte” de Ptolomeo XIV fue ordenada, o dispuesta, por Cleopatra. En mi opinión este testimonio flaviano debería de ser aceptado, puesto que pocas veces la oportunidad política y la muerte han marchado tan convenientemente de la mano.

Así que al fin, la reina estaba sola. Su “protector romano”, el padre de su hijo, había muerto y su consorte también. Ya no necesitaba un hombre que legitimara su poder. Cleopatra ya se había identificado con Isis, la poderosa

¹⁵ ROLDÁN, J.M., *Césares cit.*, pp. 87-90; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 109-117.

diosa viuda de Osiris y madre de Horus. Cleopatra tenía un hijo, Ptolomeo XV (Cesarión), oportunamente coronado. Un Horus, un faraón que, por largos años, quedaría bajo su sombra. Teológica y políticamente Cleopatra se sentía segura. Podía pues gobernar a su antojo, y ello a la par que la amenazante tutela romana se deshilachaba en los avatares de una guerra civil impredecible. Ese era el lado peligroso y desagradable del asunto. Dejando a un lado visiones románticas del asunto, lo cierto es que si algo caracteriza el reinado de Cleopatra, y en especial el periodo que va de la muerte de César a la de Marco Antonio, es el frío cálculo de posibilidades ejercitado por la joven reina que siempre puso por delante los intereses de Egipto a cualquier otra consideración, y que por ende, jugó sus cartas con taimada cautela.

Así ocurrió cuando estalló la guerra civil que enfrentaba a los nuevos triunviros, Octavio, Antonio y Lépido, con los asesinos de César, Bruto y Casio. Ambos bandos solicitaron el apoyo de Egipto, y la puesta a su servicio de las cuatro legiones dejadas en el país del Nilo por César. Cleopatra contemporizó todo lo que pudo con ambos bandos y lo hizo hasta asegurarse de que el triunvirato que controlaba Roma reconocía a su hijo, Ptolomeo XV (Cesarión), como rey legítimo de Egipto.

Pero quien en ese momento controlaba Oriente era el partido encabezado por Bruto y Casio. Este último amenazó a Egipto, y al cabo logró que las cuatro legiones cesarianas se pasaran a su campo. No obstante la llamada de Bruto que desde Esmirna contemplaba con inquietud las maniobras del ejército conducido por Octavio y Antonio, liberó a Cleopatra del peligro de una invasión. De inmediato la reina aparejó una gran flota, la abasteció cumplidamente de hombres, oro y suministros, y partió en apoyo de Octavio y Antonio. La reina y su flota tuvieron el buen tino de encontrarse con una terrible tormenta que no causó el más mínimo destrozo en los barcos egipcios, pero que sirvió a Cleopatra de excusa para regresar a Alejandría. Allí se entretuvo lo suficiente como para no implicarse directamente en las operaciones bélicas. De modo que cuando llegó la noticia de la derrota y muerte de Bruto y Casio, Cleopatra y Egipto estaban en el bando ganador, y ello sin haberse expuesto lo más mínimo y sin haber sufrido pérdidas en barcos, soldados o dinero¹⁶.

¹⁶ ROLDÁN, J.M., *Césares cit.*, pp. 105-126; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 173-288; GOLDSWORTHY, A., *Augusto. De revolucionario a emperador*,

El nuevo señor romano de Oriente era Antonio de 42 años, y verdadero artífice de la victoria militar sobre Casio y Bruto. Cleopatra, que tras la marcha de las cuatro legiones cesarianas acantonadas en Egipto, estaba muy necesitada de apoyo militar con el que reforzarse en un Egipto aún azotado por la sequía y la hambruna, volvió sus ojos hacia Antonio; y Antonio, necesitado de oro, volvió los suyos hacia la joven reina. Como todo lo relevante en el Oriente helenístico, la ocasión se revestiría de teología y simbolismo. Antonio, a la sazón en Éfeso, acababa de ser ensalzado como “Nuevo Dionisos”. Así que el general romano se sumaba a los otros “Nuevos Dionisos” que ya habían dejado su huella en Oriente: Alejandro Magno, los Ptolomeos y Pompeyo Magno, y como todos ellos, miraba a Egipto. Además y para mayor abundamiento teológico-simbólico, Antonio reivindicaba que era descendiente de Hércules. Pues decía que su familia, los Antonios, descendían de Antón, uno de los hijos de Hércules; y ello lo aproximaba a los Ptolomeos que, a través de Arsinoé, madre del primer Ptolomeo, se creían descendientes de Hércules y a veces se hacían representar con sus atributos. Cuando Antonio y Cleopatra se aliaron y se hicieron amantes y esposos, Octavio aprovecharía la equiparación de Antonio con Hércules para burlarse de él y de Cleopatra; pues Hércules había sido esclavo de Onfale, reina de Libia, y ésta había sido su amante y le había dado hijos, pero le obligaba a vestirse de mujer y a hilar, mientras ella llevaba la piel de león de su esclavo y amante.

Pero eso vendría luego. Por lo pronto Cleopatra necesitaba a Antonio, y Antonio necesitaba oro; y teniendo en cuenta la templada actitud de Cleopatra durante la guerra civil y que Chipre, posesión egipcia, se había puesto de parte de Bruto y Casio, Antonio no tenía muy claro si el oro y el trigo egipcio que necesitaba lo obtendría en calidad de protector de la reina o de conquistador. Por eso, cuando en 41 a.C. Antonio llegó a Tarso y convocó a Cleopatra a su presencia, ésta se presentó ante él con todo el fasto posible y exhibiendo sus mejores galas como seductora y diplomática. Tuvo éxito. La joven reina y el general romano se conocían bien. Antonio debió de tratarla como princesa cuando estuvo en Egipto como jefe de caballería de Gabinio; y la trató como reina de Egipto y como mujer de César, durante las dos

Madrid 2014, pp. 97-122; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 117-154; LE BOHEC, Y., “Las dos batallas de Filipos”. *Desperta Ferro. Antigua y Medieval. Historia militar y política de la antigüedad y el medievo* 25 (2014) pp. 38-45

estancias romanas de Cleopatra. Ahora, sin embargo, ambos, Cleopatra, la Nueva Afrodita-Isis, y Antonio, el nuevo Dionisos-Osiris, eran los poderes relevantes en Oriente. El acuerdo fue fácil y se selló con una intensa relación personal que se cimentó en el famoso “invierno alejandrino”, 41-40 a.C. La pasión no les hizo olvidar sus intereses respectivos. Antonio obtenía oro y abastecimientos para financiar su campaña contra Partia, y Cleopatra lograba la ejecución de su hermana Arsinoe, que se había refugiado en el templo de Artemisa en Éfeso, y que había coqueteado con el bando derrotado en la guerra civil; y de Serapio, el rebelde gobernador de Chipre.

Además, Chipre volvía a estar bajo dominio egipcio y Antonio, nuevo protector y amante de la reina, garantizaba su trono. El nacimiento de los gemelos Alejandro Helios y Cleopatra Selene, parecía sellar el pacto. Un pacto que, sin embargo, no ataba las manos de Antonio¹⁷. Éste partió en primavera hacia Atenas para organizar la defensa del Oriente romano frente a los invasores partos que avanzaban por Siria y Palestina y para contraer matrimonio con Octavia, hermana de Octavio, y afianzar así su alianza con el hijo adoptivo de César. El “Invierno alejandrino” podría haber sido muy estimulante, y Cleopatra ser muy atractiva y haberle dado dos hijos, pero Antonio sabía que en aquel momento era una esposa romana la que necesitaba. Una esposa que le garantizara el apoyo de Octavio justo cuando se disponía a atacar a los partos. Las victorias de Antonio frente a los partos, reconquista de Samosata en 38 a.C., le convertirían en el ángulo más fuerte y popular del triunvirato.

Pero también Cleopatra estaba reforzándose. A partir del 40 a.C. Egipto dejó atrás una década de sequías e inundaciones escasas, y abrió otra década de grandes inundaciones que elevarían los rendimientos agrícolas a su punto máximo, y permitirían a Cleopatra poner en marcha una serie de grandes reformas económicas y sociales que debían de devolver a Egipto su condición de gran potencia. En primer lugar era indispensable romper el régimen autárquico que paralizaba al país desde hacía más de ciento cincuenta años. Cleopatra comenzó suprimiendo el monopolio del Banco real y los del aceite y la sal, devolviendo también la libertad al comercio de la plata. En los dominios del Estado fueron abolidos los arriendos y las tie-

¹⁷ GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 289-300; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1178-1180; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 155-171.

rras volvieron a ser ofrecidas en pública subasta. Estas radicales reformas, destinadas a volver a situar a Egipto en la esfera de la economía internacional, sólo podían alcanzar éxito mediante la restauración de una moneda sana. Era, pues, necesario devolver a la monarquía unos recursos sobre los cuales pudiese reconstituir su sistema monetario. Cleopatra lo consiguió de golpe aboliendo la inmunidad de los templos, volviendo a colocar los dominios sacerdotales bajo la administración del Estado y restableciendo el presupuesto de los cultos. Los caudales así obtenidos y el afloramiento de metales preciosos que conllevó, permitieron a la reina restablecer el valor de la moneda egipcia y ello, a su vez, estimuló el comercio. Un “ciclo virtuoso” había sido puesto en marcha y en brevísimos años, Egipto recuperó su antigua condición de motor económico del Mediterráneo y del Oriente helenístico. En cuanto a la liquidación de los abrumadores préstamos que Tolomeo XIII Auletes suscribiera en Roma, César había hecho ya posible su devolución reduciendo el usurario interés que él mismo, el gobernador de Siria y el sindicato de banqueros romanos habían arrancado al acorralado monarca. Tal vez no se había realizado nunca hasta ese entonces una reforma económica, fiscal y social tan profunda. Cleopatra se revela en la gestión de la economía egipcia como una figura de primer nivel. Su clarividencia, su audacia y su vitalidad se manifiestan en cada una de las medidas tomadas. A la Cleopatra seductora, a la Cleopatra intrigante, a la Cleopatra erudita, se debe sumar pues una Cleopatra gobernante que destaca con mucho sobre las demás¹⁸. Pero no nos engañemos, si Cleopatra pudo poner en marcha semejantes reformas con garantía de éxito, esto es, si pudo enfrentarse a los grandes intereses de los templos y del funcionariado egipcio, fue gracias a que Antonio le prestaba su poder militar. Por eso, cuando, tras el fracaso de Antonio en Partia en 36 a.C., dicho poder quedó en entredicho, Cleopatra no dudó en sopesar cuidadosamente la conveniencia de seguir apoyando con el oro y los recursos egipcios al derrotado general. Para ese entonces era ya evidente el enfrentamiento entre Antonio y Octavio. El llamado “Acuerdo de Tarento” había sido una auténtica estafa de Octavio en la que este se hizo con el apoyo naval de Antonio frente a Sexto Pompeyo a cambio de promesas que no cumplió. La victoria de Octavio frente a

¹⁸ PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, pp. 1179-1180; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 301-339; GOLDSWORTHY, A., *Augusto cit.*, pp. 123-160; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, p. 171.

Sexto Pompeyo y la eliminación política de Lépido, dejaban el Occidente romano por completo en manos de Octavio, y ello en el momento en que Antonio veía su prestigio militar gravemente comprometido y su dominio sobre Oriente cuestionado. Cleopatra, observando y evaluando atentamente la nueva situación, dudaba si comprometerse más con Antonio o acercarse a Octavio¹⁹. Pero al cabo Cleopatra se decidió por Antonio y lo socorrió. Oro y abastecimientos para su ejército derrotado. Eso fue lo que Cleopatra proporcionó a Antonio, y con ello lo salvó. Antonio, que seguía contando con un formidable poder militar, y que en parte pudo recomponer su prestigio y los efectos de su derrota frente a Partia, con la captura del traidor rey de Armenia y la anexión de esta última, comprendió que sólo saldría vencedor del inminente enfrentamiento con Octavio si Egipto lo respaldaba incondicionalmente. Además, Antonio y Cleopatra, de nuevo unidos, estaban cincelandos juntos un nuevo Oriente helenístico-romano que tendría a la nueva dinastía surgida de su unión como eje fundamental.

En el año 34 a.C. y tras una fastuosa celebración que daba carta de naturaleza al nuevo Oriente soñado por Cleopatra y Antonio, Fenicia, Siria Meridional y Chipre quedaron de nuevo bajo el control efectivo de Egipto; mientras Cirenaica, Siria septentrional, Armenia y Media, esta última aún por someter, fueron atribuidas a los hijos de Antonio y Cleopatra. De este modo el Oriente quedó organizado en una suerte de dominio dinástico con centro en Egipto y sostenido por el poder de los ejércitos romanos del general y diunviro Antonio que a la par era ya, de facto, un monarca oriental. Tan sólo Judea, regida por Herodes el grande, se opuso a este regreso de la hegemonía egipcia, y su oposición lo acercó a Octavio a la par que lo enfrentó cada vez más virulentamente, a Antonio y Cleopatra.

Antonio, además y como puede colegirse de sus cartas a Octavio, se sentía ya no sólo ligado a Cleopatra como aliado y protector, sino como hombre. Su matrimonio con la reina, si bien nulo desde un punto de vista estrictamente legal y conforme a la ley romana, era para él algo incuestionable. Su esposa romana, Octavia, que tan bien se prestó a la propaganda política puesta en marcha por su hermano contra Antonio, no fue un obstáculo insalvable por cuanto Antonio tenía ya claro que sólo la guerra dirimiría su

¹⁹ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 173-180; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 336-354; GOLDSWORTHY, A., *Augusto cit.*, pp. 160-176.

enfrentamiento con Octavio y en dicha guerra sería Cleopatra, y no Octavia quien debía de proporcionarle los recursos que le darían la victoria.

Octavio también lo veía así. En 34 a.C. vinculó las provincias occidentales a su persona mediante un juramento. Su control de Roma, en última instancia, se manifestó letal para Antonio cuyo partido en la capital del imperio, tan poderoso, fue progresivamente laminado por las maniobras de Octavio. El hijo adoptivo de César se aprovechó ante todo del acercamiento de Antonio a Egipto. Fue contra Egipto y no contra Antonio, contra quien levantaba sus fabulaciones. Golpeando a Cleopatra golpeaba a Antonio, quien era presentado como un pelele en manos de la reina; y, cuando ya el enfrentamiento bélico era inevitable, como un traidor a Roma que se había puesto al servicio de una potencia extranjera, merced a su desmedida ambición y de los enredos de una reina intrigante, libertina, amoral y perversa.

Con la perspectiva adecuada, el enfrentamiento entre Octavio, por una parte, y Antonio y Cleopatra, por otra, no era sino la personificación del enfrentamiento entre el Occidente romano y el Oriente que, con la fuerza llegada desde Roma y con la hegemonía egipcia, organizándolo y reviviéndolo de nuevo, renovaba a través de Roma la tradición helenística de monarquía absoluta.

Los acontecimientos se precipitaron. En 32 a.C. Octavio lanzó sus dados. Octavia estaba ya divorciada de Antonio y el testamento de éste fue convenientemente manipulado por Octavio antes de, rompiendo todas las tradiciones, formalidades y leyes, leerlo en público con el propósito de evidenciar que su rival no era ya sino un monarca helenístico subyugado por Cleopatra. En una ceremonia arcaica y terrible, Roma declaró la guerra a Egipto. Sopécese bien: la guerra a Egipto no a Antonio. Éste era deliberadamente ignorado. Octavio no iba a la guerra civil, sino a una guerra contra el Egipto de Cleopatra; la extranjera, la seductora, perversa y decadente Cleopatra²⁰.

Mientras tanto, Antonio acumulaba recursos. Cleopatra puso a su disposición oro y naves de guerra suficientes como para organizar la invasión

²⁰ GOLDSWORTHY, A., *Augusto cit.*, pp. 177-205; GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 369-382; PIRENNE, J., *Historia del antiguo Egipto cit.*, p. 1180; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 180-184 y 157.

de Italia. Pero Antonio se encontraba paralizado por la propaganda octaviana. Sabía que si hacía lo correcto estratégicamente hablando, aprovechar su superioridad en naves y recursos para golpear primero y hacerlo en Italia, sería presentado como un invasor de su Madre Patria, y no como un magistrado romano que lidiaba con otro por obtener el poder supremo en la república. Así que perdió el tiempo. Sus consejeros romanos le pedían que se desligara de la reina egipcia, o al menos que no la llevara consigo en la campaña. Pero Antonio no podía hacer lo que le pedían. Cleopatra era quien sostenía su esfuerzo bélico, y la reina estaba en posición de exigir que no se la dejara de lado. Probablemente la reina temía que aquella guerra terminara con un acuerdo entre Octavio y Antonio que la dejara a ella de lado. Su presencia junto a Antonio tenía pues una intención clara: forzar el enfrentamiento. Pero aun concediendo esto a Cleopatra, lo cierto es que su presencia lastró a Antonio y facilitó su derrota.

En cualquier caso, y en 31 a.C. Antonio había dispuesto su ejército a modo de pantalla protectora de Egipto. Dispuso legiones en Cirenaica y la Libia Marmárica, en Creta y en el Peloponeso, y condujo su flota hacia Actium en donde le esperaba el grueso de su ejército. La flota de Antonio era mucho más poderosa, y era una flota básicamente egipcia. Su tesoro de guerra, llenado con oro egipcio, era muy superior también; y sus soldados y su caballería, también muy superior a la de Octavio, se alimentaba con trigo y cebada egipcias. Pero Octavio tenía consigo su genio político y el arte militar de Agripa. Agripa cortó las comunicaciones de Antonio con sus legiones de Cirenaica, Libia, Egipto y Creta, apoderándose de las bases de Antonio en el Peloponeso y encerrando a la flota de Cleopatra y Antonio en Actium. Pronto cundió el desánimo en el campo de Antonio. Ello a la par que la propaganda octaviana le restaba apoyos. La situación se fue complicando, y Antonio y Cleopatra pusieron en marcha una táctica que, la propaganda octaviana y la torpeza de los historiadores, transformaron en cobardía. En efecto, Antonio era consciente de que para restablecer la situación estratégica tenía que enlazar de nuevo con Egipto y con sus tropas mediterráneas. Su ejército terrestre seguía estando intacto, y confiaba en que su lugarteniente pudiera retirarse hacia Macedonia y desde allí pasar a Oriente y reunirse de nuevo con él. Las naves no importaban. Si se perdía la flota se podría aparejar otra. Lo relevante era Egipto y el oro. Esto es, Cleopatra y su tesoro de guerra. Así que Antonio dispuso una salida que logró pleno éxito; esto es, Antonio logró romper el cerco de Agripa y ponerse a

salvo junto a Cleopatra y junto al tesoro de guerra, y ello a la par que su ejército terrestre se retiraba hacia Macedonia. Logró sus objetivos, pero Octavio logró así mismo los suyos.

En efecto, el enfrentamiento naval de Actium no fue decisivo, ni en modo alguno la gran batalla que los poetas e historiadores de Octavio cantarían. No fue Actium, sino la propaganda de Octavio lo que determinó la ruina de Antonio, y con ella, la de Cleopatra. Octavio supo presentar Actium no ya sólo como una victoria resonante, sino como una muestra palpable del sometimiento de Antonio a los caprichos de una reina oriental. La maniobra de diversión audazmente puesta en marcha por Antonio y que permitió su retirada, la de la reina, y con ellos la salvación de su tesoro de guerra, fue transformada y con un éxito completo. La prueba de ello fue la precipitada rendición del ejército de tierra de Antonio, y en inmediata y devastadora sucesión, la de las legiones dejadas en Creta, Cirenaica y la Libia marmárica. Todo estaba perdido. Antonio y Cleopatra habían salvado su tesoro y Egipto, pero habían perdido su fuerza militar.

Lo demás es más fruto de la propaganda augustea que de la realidad histórica. La suerte estaba echada. Antonio se enfrentó a Octavio sin ninguna opción de victoria; y en cuanto a Cleopatra, sus patéticos esfuerzos por poner a salvo a Cesarión, y por atraerse el favor de Octavio, no eran sino la evidencia de que esta vez no podría desenvolverse en la política romana con la soltura con que lo había hecho en tiempos de Pompeyo, César y Antonio. Su muerte, por melodramática que nos parezca, era inevitable. Octavio no podía permitirse llevarla en triunfo a Roma, y tanto él como ella lo sabían. El relato de su suicidio parece no ser sino el colofón trágico de la propaganda octaviana, y lo más probable es que Cleopatra fuera convenientemente eliminada, o, más probablemente, forzada al suicidio²¹. La ocupación de Egipto por Octavio, pronto Augusto, cerraba más de 3000 años de historia de Egipto como potencia independiente y determinante del mundo antiguo. A partir de ese entonces Egipto se convirtió en una posesión personal del vencedor de Actium. Octavio, de hecho, pudo pasar a la historia como el genial constructor del Principado romano y transformar Roma en “una ciudad de mármol” gracias al tesoro y a la prosperidad generada en Egip-

²¹ GOLDSWORTHY, A., *Antonio y Cleopatra cit.*, pp. 383-406; GOLDSWORTHY, A., *Augusto cit.*, pp. 180-237; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 184-214.

to por Cleopatra. En efecto, sin el oro y el trigo egipcios, Octavio jamás hubiese podido sostener su ejército, ni lanzarlo a las conquistas y guerras fronterizas en las que se vio implicado, ni aliviar las tensiones sociales italianas, ni tampoco apagar los desacuerdos que infestaban el Senado y la política romanas, ni poner en marcha el grandioso plan de obras públicas que desarrolló, ni impulsar la prosperidad general del Mediterráneo. No, nada de eso hubiese sido posible sin los recursos egipcios, y estos no hubiesen bastado sin la gloriosa década de prosperidad que Cleopatra había iniciado en el 40 a.C. y sin su inteligente política económica, fiscal y comercial. Así que puede afirmarse que Augusto no hubiese sido posible sin Cleopatra. Además, Octavio gobernó el país del Nilo como faraón, y puso los recursos egipcios a disposición de un Principado que, inevitablemente, tendió a transformarse en lo que ya apuntó la política de Cayo Julio César y de Cleopatra VII: en una monarquía absoluta que se apoyaba en un ejército mercenario ligado personalmente al Princeps y en una religión imperial y sincrética. Sería pues un imperio, el de Octavio, helenístico y con base en el Oriente mediterráneo. De modo que la Roma constantiniana y justiniana, no son sino la culminación del proceso puesto en marcha por César y Cleopatra; proceso en el que Octavio no fue sino un aparente vencedor.

V. MÁS ALLÁ DE LA PROPAGANDA AUGUSTEA. CLEOPATRA EN LA MEMORIA DE SU PUEBLO

Pero Cleopatra, —la reina sabia, la mujer erudita protectora de la ginecología y de la medicina, la que hablaba con soltura diez idiomas, la de las grandes y efectivas reformas económicas, fiscales y sociales que devolvieron a Egipto su prosperidad económica y por ende, su importancia comercial y cultural, que tanto potenció al mundo romano en el que se integró tras la muerte de la reina—, Cleopatra, decimos, sobrevivió a la propaganda feroz que Augusto puso en pie contra ella, y que tanto y tan profundamente empapó a los historiadores, poetas, geógrafos y naturalistas greco-romanos, y a su través, a la historiografía contemporánea. Pero para conocer a esa Cleopatra, la que quedó fijada en la memoria del pueblo egipcio y en la de otros pueblos del Oriente, como los árabes, hay que saltar sobre las obras clásicas, para llegar a aquellas que se escribieron a partir del s. VI d.C. en el país del Nilo.

Cleopatra no fue olvidada. Quedaban sus inscripciones, algunas de ellas en lugares tan señalados como el templo de la diosa Hathor en Dendera, y quedaba la memoria popular; esta era poderosa. Ya en su propia época, Cleopatra fue saludada en Pseudo profecías como una especie de mesías salvadora del Oriente frente a la opresión romana, y fue de esta guisa como fue reivindicada trescientos años más tarde por la reina árabe Zenobia. Zenobia, en efecto, se presentaba como descendiente y continuadora de Cleopatra y su dominio sobre Egipto, por ejemplo, se mostraba como una auténtica restauración.

Dos siglos más tarde, cuando en Egipto se asiste a una suerte de “Despertar nacional” que llevaría a la lengua egipcia de la época, el copto, a disponer de su propio alfabeto y a la iglesia egipcia a enfrentarse crudamente a los patriarcados constantinopolitano y romano, hasta separarse de ellos en el concilio de Calcedonia de 451 d.C., Cleopatra comienza a aparecer en las crónicas universales egipcias, no como la pérfida enemiga de Roma, o como la reina pecaminosa y lasciva que subyugaba a los hombres y exhibía su lujuria y cobardía sin recato, sino como una soberana poderosa, justa y sabia. En efecto, cuando Juan de Nikiu, un cronista egipcio monofisita que escribía su obra hacia el 690 d.C. en base a otras obras egipcias de ámbito copto, nos presente a Cleopatra y a César lo hará de una forma que Cleopatra hubiera aplaudido: reconociendo su matrimonio con César y la legitimidad de su hijo, y ello a la par que presenta a la reina como una joven hermosa y enamorada:

“César dejó Oriente y llegó a Alejandría, ciudad principal de Egipto, y conoció allí a la reina Cleopatra, Hija de Ptolomeo, al que llamaban Dionisos, rey de Egipto. Era una muchacha muy joven y hermosa y César se enamoró de ella, se casó con ella y engendró con ella un hijo al que dio el reino de Egipto y al que llamó Julio César y al que apodaban Cesarión. César construyó un gran palacio, una hermosa residencia y le puso su propio nombre y el de su hijo. El Caesarion²².

Nikiu continúa su relato sobre Cleopatra añadiendo:

“Y la reina Cleopatra abandonó Palestina para regresar a Egipto y hacer de él su residencia real. Y cuando llegó a la ciudad de Farama, (Pelusio) combatió a los egipcios y los venció. Y después llegó a Alejandría y reinó allí. Y era una reina magnífica en sí misma y en sus logros y en su valentía y fuerza. A tal punto que ninguno de los reyes

²² CHARLES, R.H., *The chronicle of John, Bishop of Nikiu*, Londres 1916. Juan de Nikiu LXIV. 6-8.

que la precedieron la igualó en sus acciones y obras. Y construyó en los confines de Alejandría un gran y magnífico palacio Y todos los que lo vieron admiraban esta construcción; porque no había nada semejante en todo el mundo. Y dicho palacio estaba cimentado sobre una isla situada en la tercera región de Alejandría, al Norte y al oeste, fuera de las murallas de la ciudad y a una distancia de cuatro estadios. Y levantó un dique contra las aguas del mar con piedras y tierra; y de este modo, por donde antes sólo se podía ir navegando, ahora se podía ir a pie. Y esta obra espléndida y difícil Cleopatra la llevó a cabo gracias al consejo de un hombre sabio llamado Dexiphanes, que transformó el mar en tierra para que pudiese pasarse a pie. Y después, Cleopatra construyó un canal que llevaba al mar, y conectó la ciudad de esta forma con el río y con el mar. Y por este medio permitió a los barcos entrar en la ciudad desde el Nilo y desde el mar y gracias a esto había gran abundancia de mercancías. Alejandría no tenía antes acceso abundante al agua dulce, pero Cleopatra trajo agua en abundancia. Provista de agua y con acceso al río, los barcos podían salir a faenar y pescar en abundancia para proveer a la ciudad. Y ejecutó todas estas obras con sumo cuidado y perfección. Y antes de que muriera, Cleopatra ejecutó muchas obras nobles y creó instituciones importantes. Y esta mujer, la más ilustre y sabia entre todas las mujeres, murió en el decimocuarto año del reinado de César Augustus²³.

Así que para los egipcios coptos de la Antigüedad tardía y la Alta Edad media, Cleopatra era: “la más ilustre y sabia entre todas las mujeres” y el más formidable soberano del país del Nilo. Sabia, fuerte, valiente. Amiga de sabios y constructora de obras maravillosas. ¿No es esta la forma ideal en la que los antiguos faraones querían ser recordados?

Ya en el s. X, en la década del 930 d.C., otro egipcio, esta vez un Melkita, esto es, un ortodoxo, el patriarca Eutiquio de Alejandría, en sus Anales, que recogen la historia de la humanidad desde Adán hasta su tiempo, toma a Cleopatra y a su reinado como uno de los hitos fundamentales junto con la era seleúcida, el año universal, el reinado de Diocleciano, el nacimiento de Cristo, etc. Eutiquio nos dice al respecto de Cleopatra, a la que da el significativo nombre de “Abu Salih” esto es, “la que llora”, que construyó dos hidrómetros para evaluar las crecidas del Nilo, y así poder aplicar mejor los impuestos; que realizó otras construcciones; que su reinado comenzó el año 59 a.C., esto es, que a los diez años fue nombrada reina consorte de su padre Ptolomeo XII; y que, temerosa de Octavio Augusto, construyó grandes defensas que guardaban a Egipto desde Nubia a Pelusio, y desde Nubia a Alejandría. Además, Eutiquio designa a Antonio como “lugarteniente” de Cleopatra. Para él es la reina egipcia, y no el general romano, la figura rele-

²³ Juan de Nikiu LXVII-1-9.

vante. Eutiquio, al contrario que Nikiu, sí nos relata la muerte de Cleopatra, y ello conforme a lo establecido en la tradición clásica²⁴.

Un último ejemplo, esta vez islámico. El geógrafo y enciclopedista Al-Masudi, quien vivió muchos años en Egipto, recogió allí las tradiciones que los egipcios islamizados y los árabes asentados en el país conservaban sobre Cleopatra. Para Masudi, que da el familiar y casi cariñoso sobrenombre de “Al Malika al-‘ adjuz”, es decir, “la vieja reina”, a Cleopatra, esta era ante todo una sabia. Constructora de dos hidrómetros y de muchos edificios, fortificaciones y obras maravillosas. Amiga de sabios y conocedora de muchas artes y ciencias, había escrito sobre ginecología, medicina, cosmética, filosofía, matemáticas y astronomía y algunas de estas obras, sobre todo las de medicina, se leían y citaban todavía en su tiempo²⁵.

En suma, Cleopatra, la gran reina, la que se hacía representar con una singular y distintiva corona en la que vigilaban tres cobras, un triple *ureus* que sólo ella portó en toda la historia egipcia²⁶, sobrevivió incluso a la propaganda augustea; y lo hizo en el corazón de su pueblo que tan bien gobernó, y exhibiendo los rasgos que caracterizaron su reinado y su personalidad: valentía, sabiduría y determinación.

²⁴ Eutiquio, I,8, pp. 140-141 y 145.

²⁵ MEYNARD, B., *Les Prairies d'or*, París 1962. Al-Masudi II,781, p. 297, y II,809, p. 306; TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, p. 235.

²⁶ TYLDESLEY, J., *Cleopatra cit.*, pp. 64-74